

El “Cordobazo”, a cuarenta años...

Mónica B. Gordillo¹

Mucho se ha escrito sobre este acontecimiento. El 40° aniversario se convirtió, además, en un espacio privilegiado para las memorias. Diversos actos, paneles, documentales, entrevistas televisivas, intervenciones artísticas y otro tipo de conmemoraciones transformaron el mes de mayo en uno especialmente privilegiado para la reflexión. Pero ¿qué se recordaba?, ¿qué se reivindicaba? Obviamente las respuestas no pueden ser unívocas y debieran convertirse en objeto de investigación. En efecto la – por momentos- saturación de actividades debiera llevarnos a considerar qué cambios, qué acontecimientos impactantes del pasado más reciente de Argentina pueden haber generado una receptividad especial hacia el pasado disruptivo de finales de los ‘60.

De todos modos ese no será el eje de esta reflexión ya que, como señalé, esa problemática debiera ser resultado de una investigación particular. Destaco sin embargo la necesidad de considerar los cambios en el contexto para justificar la incorporación en mi propio análisis histórico de algunas dimensiones o facetas no tratadas en mis anteriores trabajos sobre el tema, que me llevan hoy a dar una vuelta de tuerca a las observaciones efectuadas en otras ocasiones. Específicamente me refiero a la consideración de una forma particular de acción colectiva desplegada en mayo de 1969: la de la violencia popular.²

¹ Doctora en Historia. Profesora regular de la Facultad de Filosofía y Humanidades y la Escuela de Ciencias de la Información, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Es investigadora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades y de CONICET.

² Esta preocupación y la posible comparación del Cordobazo con otro acontecimiento paradigmático de nuestro pasado reciente fue planteado en Mónica Gordillo “Violencia popular y acción política en Argentina: el “cordobazo” y el “argentínazo”. Capítulo

Trataré entonces de precisar cómo interpreto hoy ese acontecimiento paradigmático en la historia cordobesa y nacional. En primer lugar habría que destacar que fue una acción de protesta, organizada por los dos actores principales del modelo de modernización económica y social con movilidad ascendente consolidado luego de 1955. La conformación de esos actores reconoce procesos distintos. Aunque la constitución del actor sindical se retrotrae en el tiempo, produjo un salto cualitativo al completarse su institucionalización e integrarse políticamente en el Estado durante el primer y segundo gobierno de Perón. En cambio, el movimiento estudiantil, si bien en otras ocasiones había tenido protagonismo, adquirió fuerza como colectivo luego de la caída del gobierno peronista, en el marco de apertura cultural que sobrevino después de 1955. Sin embargo ese modelo comenzó a mostrar algunos signos de crisis hacia fines de los '60.

Esa crisis, de efectos todavía poco perceptibles en el país, lo fue primeramente en la acumulación del capital pero –también– en las posibilidades de construcción de hegemonía, terminando con la situación previa de “empate hegemónico” entre modelos alternativos, que había caracterizado los recambios presidenciales semidemocráticos. La dictadura militar de Onganía, que depuso a Illía el 28 de junio de 1966, dio así un giro autoritario en sintonía con la Doctrina de la Seguridad Nacional que, liderada por EE.UU, alentaba la lucha contra la desviación comunista preservando las “fronteras internas”. Como lo han señalado los economistas de la teoría francesa de la regulación³ todo régimen de acumulación genera sus propias formas institucionales para asegurar la preservación y reproducción del mismo. La relación salarial fordista, consolidada luego de la posguerra, y en el país con el peronismo, que se basaba en los aumentos salariales generales, en la regular negociación

del libro sobre “Violencia política en Iberoamérica en el siglo XX” a editarse por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Año 2009

³ Cfr Julio César Neffa *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina. (1880-1996)*. Buenos Aires, Eudeba, 1998

colectiva, en procesos de trabajo que implicaban continua incorporación de mano de obra, producción en serie, acumulación de stock y aumento sostenido del consumo popular, comenzó entonces a representar un obstáculo para esa acumulación de capital. Las primeras señales para enfrentar esa situación las dio el Plan del Ministro de Economía de Onganía –Krieger Vasena- en marzo de 1967, que dispuso una devaluación de la moneda del 40%, medidas de ajuste, congelamiento salarial y de las negociaciones colectivas hasta diciembre de 1968.

Ahora bien, el proceso de modernización económica y social previo había producido desplazamientos estructurales que habían convertido al movimiento obrero -en especial al de los sectores dinámicos de la economía- y al movimiento estudiantil en los sectores disponibles para actuar, cuando vieran afectada su situación. Pero la disponibilidad no lleva necesariamente a la acción sino sólo cuando se construye colectivamente una representación de afectación, o de “injusticia”, que los “pone” en disponibilidad. Y fue en ese sentido donde el ámbito local de la ciudad de Córdoba jugó un papel fundamental. Porque lo que luego fue conocido como el Cordobazo fue planeado por las dos CGT (Azoopardo y de los Argentinos) como un paro general nacional para el día 30 de mayo. La situación particular de Córdoba llevó a adelantarlo al día 29 y darle una modalidad distinta: la de paro activo, es decir, con movilización desde los lugares de trabajo para confluir en un gran acto en el centro de la ciudad frente al local de la delegación Regional de CGT.

El que Córdoba se hubiera convertido en el lugar de la acción tuvo que ver entonces con el peso que tuvieron los sectores estratégicos del modelo en el proceso de crecimiento industrial desarrollado luego de 1955, convirtiéndose sus trabajadores y sindicatos en los principales movilizadores, por una especial tradición de mayor autonomía frente a las dirigencias peronistas nacionales observadas tanto en el sindicato de mecánicos (SMATA), como en el de los trabajadores de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC). Otra nota distintiva del ámbito local fue un mayor acercamiento entre el movimiento estudiantil y obrero, a través de la acción de dirigentes que –como Agustín Tosco

del sindicato de Luz y Fuerza- lo promovían especialmente. Esa base local resultó muy eficaz para activar la construcción de un marco de injusticia, que contó también con otros activadores a partir de la constitución en marzo de 1968 de la conocida como CGT de los Argentinos, o CGT “rebelde”, liderada por el dirigente gráfico Raimundo Ongaro, y que encontró los principales apoyos en su enfrentamiento con el gobierno de Onganía en las delegaciones del interior, y en Córdoba en particular. La acción de esta CGT fue fundamental como espacio aglutinador de distintos sectores sociales que se oponían a las políticas del gobierno y cumplió un papel decisivo en el plan de lucha iniciado a fines de 1968, cuando vencía el plazo dado por Krieger Vasena para descongelar los salarios. La negativa del gobierno a cumplir su acuerdo y restablecer los convenios colectivos contribuyó notablemente a la construcción de una representación de injusticia, por considerarse los derechos conculcados.

Otro elemento fundamental en la construcción de la representación colectiva de injusticia fue la represión desatada contra los estudiantes a comienzos de 1969. La movilización social era respondida con violencia. Esto se puso de manifiesto en Corrientes con la muerte, el 15 de mayo, del estudiante Juan José Cabral en las acciones llevadas a cabo en contra del aumento en el precio del comedor universitario. Le siguieron las muertes de Adolfo Bello y Luis Blanco en Rosario, en las marchas que tuvieron lugar para repudiar la represión. Por su parte, el gobierno de Onganía siguió cometiendo otras “injusticias”. El 12 de mayo abolió la ley provincial de “sábado inglés”, que regía en la provincia de Córdoba desde 1932, al establecer un descanso semanal general para todo el país. Esta medida, tendiente a reducir costos laborales, atacaba directamente el bolsillo de los trabajadores de los sectores dinámicos de Córdoba, que ya veían con preocupación ciertos signos de estancamiento en la industria. Frente a esto y para organizar acciones en contra de la medida, el SMATA convocó a una multitudinaria asamblea en el local del Córdoba Sport el 14 de mayo, que fue violentamente reprimida por la policía; esto llevó a que en la dispersión los trabajadores respondieran con violencia provocando destrozos en las calles de la ciudad. Por otra

parte, los obreros de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) no lograban quebrar la intransigencia de los industriales de Córdoba, que se negaban a dejar sin efecto las “quitas zonales” -a pesar de haber sido derogadas cuando se renovó el convenio en 1966- y que significaban para los trabajadores de Córdoba una merma del 20% sobre sus salarios, en relación con lo que cobraban los de Buenos Aires.

Lo anterior se sumó a las causas más estructurales de funcionamiento del sistema político y llevó a adelantar en Córdoba la protesta obrera. Si bien el paro respondió a un formato clásico de acción del movimiento obrero aparecía, sin embargo, como una transición hacia otras formas de acción más novedosas; si la lógica de presión a través de la convención colectiva no se mostraba eficiente, se ensayarían otras. Algo de eso tuvo la marcha programada que preveía también la posibilidad de enfrentamientos con la policía.

El 26 de mayo fue ocupado el barrio Clínicas por los estudiantes. El 25 de mayo Tosco, había pronunciado en la Universidad un discurso que cimentó públicamente la alianza entre obreros y estudiantes y preparó a unos y otros para los sucesos del Cordobazo.

Dentro del plan de lucha decidido por las dos facciones en que se dividía la CGT, el 29 de mayo desde la fábrica automotriz IKA-Renault, ubicada al sur de la ciudad, así como desde otras cuyo personal integraba el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), se comenzó a marchar hacia el centro en varias columnas, portando distintos elementos como barras de metal, herramientas, rodamientos y pernos para defenderse de agresiones previstas. Por su parte, empleados administrativos de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC), afiliados al Sindicato de Luz y Fuerza lideraron el abandono de tareas en el centro de la ciudad para participar en la marcha sumando a distintos trabajadores de otras dependencias y sectores que habían acordado realizar el paro. En el trayecto de los 8 Km que separaban la planta de IKA-Renault del centro, gran cantidad de vecinos de los barrios adyacentes se fueron uniendo a las columnas. Sin embargo, en una

rotonda que bifurcaba el camino al centro estaba esperando la policía, con el evidente propósito de detener la marcha. Ese obstáculo llevó a que se dividiera la columna, siguiendo algunos por la ciudad universitaria y Nueva Córdoba, donde comenzaron a recibir el apoyo de los estudiantes que se encontraban en esa zona. Lo mismo ocurrió con la gente de los barrios por los que atravesaban. Fue al salir de uno de los barrios, buscando siempre llegar al centro, cuando tuvo lugar un enfrentamiento con la policía que dejó como saldo la muerte de Máximo Mena, obrero de IKA-Renault. A partir de los primeros enfrentamientos con la policía la reacción de la gente fue muy violenta, comenzaron a armarse barricadas, para lo que se proveían de cualquier elemento. A los trabajadores pronto se les unieron los residentes del centro, que habían observado el enfrentamiento desde sus ventanas y balcones y compartían ahora la expresión de indignación colectiva. Estos aportaron colchones, muebles y otras pertenencias para levantar las barricadas y encender hogueras. Innumerables gestos de esa solidaridad de todas las clases se verían durante todo el día en los barrios a lo largo y lo ancho de la ciudad.

Por doquier, a medida que corría la voz sobre el ataque policial, la protesta se convertía en una rebelión que abarcaba toda la ciudad. Cerca de las dos de la tarde, la policía estaba completamente desbordada, retirándose a la central que funcionaba en el Cabildo para quedar allí acantonada. La ciudad quedó literalmente en manos de la gente. En las corridas y enfrentamientos con la policía se llevaron a cabo numerosos actos de destrucción como el incendio de las oficinas de Xerox Corporation, concesionarias Citroën y otros negocios. La destrucción de locales de empresas extranjeras no era accidental, los manifestantes cordobeses hicieron blanco en representantes del gobierno y del imperialismo. Pero el humor general en Córdoba era más eufórico que vengativo. La mayoría destacó, como rasgo general, que más allá de ciertos hechos puntuales, no se registraron actos de saqueo o de pillaje. La gente destruía las cosas pero no las robaba. La radio, como lo sería la TV en diciembre de 2001, servía de nexo, ponía al tanto de lo que estaba ocurriendo en otros lados e incentivaba a participar sabiendo que la reacción era generalizada, lo que llevó a que luego se diera orden de suspender las trans-

misiones. Además se había implementado un sistema de correos en moto que llevaban las noticias de un lado a otro. Al no poder controlar la situación el gobierno solicitó la intervención del Ejército, que lo hizo hacia las 6 o 7 de la tarde. Para entonces los focos se habían concentrado en algunos barrios, entre ellos el de Clínicas que ya tenía una estrategia planeada para su toma, ensayada a través de unas cuantas prácticas anteriores de acciones estudiantiles. Allí la resistencia siguió durante toda la noche.

Hacia el anochecer, la protesta comenzó a asumir un carácter diferente a medida que la iniciativa pasaba de los trabajadores a los estudiantes. Los dos barrios estudiantiles, Clínicas y Alberdí, se convirtieron en los centros de la resistencia. Para entonces algunos francotiradores habían tomado posiciones en los techos de los edificios del lugar y empezaron a llegar algunas armas, que se rumoreaba provenían de organizaciones de izquierda. Poco después de las once, grupos del sindicato de Luz y Fuerza entraron en la planta eléctrica de Villa Revol y produjeron un apagón en la ciudad, exactamente como lo habían planeado la noche anterior. El apagón desorientó temporariamente a las tropas del ejército, permitiendo que los manifestantes recuperaran la iniciativa. Al amanecer, Córdoba era una ciudad ocupada.

El día 30 la inactividad fue total con motivo del paro general decretado a nivel nacional. El Ejército había ocupado la ciudad. Muy poca gente quedaba en la calle, produciéndose disturbios aislados. A partir de las 17 horas y hasta las 6:30 de la mañana del 31 se anunció un nuevo toque de queda. El 30 fueron detenidos los principales dirigentes sindicales de Córdoba; muchos de ellos fueron liberados, quedando condenados por los tribunales militares cinco miembros de la Comisión Directiva del sindicato de Luz y Fuerza con sentencias que iban de entre 8 años y 3 meses de cárcel para Agustín Tosco, su secretario general, hasta 2 años. También se detuvo al secretario del SMATA Elpidio Torres a quien se lo sentenció a 4 años y 8 meses de prisión. Después de estos arrestos lo que quedaba de la participación obrera en el Cordobazo disminuyó. La resistencia se limitó al Barrio Clínicas, pero incluso allí estaba muy debi-

litada. Alrededor de las seis de la tarde del 30 de mayo, el ejército lanzó su ofensiva final sobre el barrio y una hora después lo había ocupado completamente. Se informó de nuevos disturbios en las barriadas obreras del norte de la ciudad, pero se trataba de protestas aisladas y desorganizadas. Al anoecer del 30, el Cordobazo había terminado. Los dos días previos habían dejado una cifra oficial de doce muertos, pero la real era mucho más alta, en realidad nunca pudo precisarse. Había también cientos de heridos, al menos noventa de ellos de gravedad, y más de un millar de personas habían sido detenidas. Gran parte de la ciudad estaba dañada. El levantamiento había excedido en mucho las expectativas de los organizadores, si bien se intuía algo más que una huelga general y una demostración pacífica en la sede central de la CGT, no se esperaba la explosión popular y la destrucción desencadenada, si bien se asentó sobre una experiencia de lucha y tradición previa, lo contingente convirtió a lo planeado en acontecimiento.

El relato anterior nos da algunas pistas de cómo lo que originalmente había sido planeado como una marcha desbordó a sus organizadores y se convirtió en una *rebelión* que adquirió características de violencia popular. Creo importante diferenciar la violencia colectiva de la popular. Cuando se habla de violencia colectiva, en general, se refiere a una interacción social episódica que inflige daños físicos inmediatos a personas y/u objetos, que implica por lo menos a dos autores de los daños y es consecuencia, al menos en parte, de la coordinación entre las personas que realizan los actos.⁴ En cambio, con el concepto de violencia popular me refiero a la expansión de la acción a distintos sectores sociales, a distintos actores que se suman a la acción. No hablo aquí de violencia popular como sinónimo de violencia del pueblo, como si éste fuera una entidad homogénea, sino que lo quiero señalar es que se trata de una violencia que aglutina a diferentes actores más allá de los colectivos emprendedores, distintas violencias que se anudan en una trama

⁴ Cfr. Charles Tilly *Violencia colectiva*. Barcelona, Hacer, 2007 p.3.

que termina además, en este caso, teniendo un fuerte carácter de violencia política.

Lo que quiero plantear con esto es la posibilidad de pensar en la política como violencia, diferente sin embargo de las formas de violencia política que se dieron posteriormente, bajo la forma de acciones guerrilleras o terroristas. Pero, ¿cuándo puede ocurrir que la protesta se convierta en violencia popular? En primer lugar cuando no hay otros canales de expresión de la conflictividad social y, como en el caso del Cordobazo en particular, se estaban cerrando tanto los canales para la exteriorización de demandas de tipo corporativa como así también la exteriorización de demandas políticas. En otros trabajos he destacado que el Cordobazo no puede entenderse solamente en relación a la coyuntura del gobierno militar de Onganía, por más que efectivamente su carácter autoritario precipitó este tipo de manifestaciones.

Ahora bien, ¿qué mecanismos o condiciones propician las respuestas violentas? A pesar de los distintos tipos de violencia colectiva, podrían indicarse como procedimientos comunes: la activación de las divisorias por parte de emprendedores políticos que operan sobre identidades preexistentes; la capacidad de conectar, coordinar y representar a los reivindicadores pero también de nuclear a otros actores previamente moderados o no comprometidos; el crecimiento de la incertidumbre a ambos lados de la línea divisoria acerca de las probables acciones de los otros y la percepción de ruptura de acuerdos sociales previos, lo que genera representaciones de afectación.

Podría decirse que, para fines de 1968, los principales emprendedores políticos fueron los gremios y sectores políticos reunidos en la CGT de los Argentinos, con bases importantes en el interior del país. Así, la idea de la distinción, fundamental para definir una identidad, se fue afirmando entre los trabajadores de Córdoba relacionada con un discurso anti-burocrático ante cierta actitud apreciada como conciliadora en los dirigentes nacionales. Por otra parte, el Cordobazo también significó probar los límites, abrió una línea de incertidumbre que poco a poco sería

aprovechada por otros actores, al iniciarse un ciclo de protesta. La violencia propia de manifestantes agredidos se convirtió luego de la muerte del obrero del SMATA –Máximo Mena- en una destrucción coordinada, donde parecía que todos sabían qué hacer aunque no se hubieran dado instrucciones, activando redes previas e incorporando a moderados que nunca antes habían participado. De este modo, desde afectados por derechos económicos y sindicales perdidos, por injusticias intolerables como las muertes de estudiantes y obreros y por derechos políticos conculcados, se fueron aglutinando demandas de *restitución* de la comunidad política de las que habían sido privados, comenzándose también a esgrimir propuestas de *creación* de comunidad política de manera alternativa y por otras vías diferentes a las institucionalizadas, como la de la toma del poder por las armas.

Con lo desarrollado he intentado aportar a la reflexión sobre las distintas formas que puede adoptar la violencia colectiva, en estrecha relación con las modalidades de los regímenes políticos. Habría que advertir, sin embargo, que la violencia con contenido político no es exclusiva de los regímenes autoritarios, sino que la posibilidad de la violencia varía en torno a, por lo menos, dos dimensiones: a) la capacidad de los gobiernos para controlar los recursos, las actividades y las poblaciones dentro de su territorio y b) los niveles efectivos de democracia, entendidos como el grado en que los miembros de la población mantienen relaciones generalizadas e iguales con los agentes del gobierno, ejercen el control colectivo sobre ellos y gozan de protección frente a actuaciones arbitrarias de esos agentes⁵. Lo anterior es importante porque intuyo que, a pesar de las notables diferencias en el tipo de régimen, en los actores participantes y en los objetivos buscados, la movilización social abierta hacia finales del siglo XX y que culminó con notas trágicas los días 19 y 20 de diciembre de 2001 puede tener algo que ver en la especial atención prestada hoy al acontecimiento del 29 y 30 de mayo de 1969. Se trata sólo de una intuición pero que, en lo personal, me ha

⁵ *Ibidem* p.40.

llevado a incluir en la reflexión las condiciones que pueden generar la violencia popular como acción política, tratando de superar – a la vez – la dicotomía entre política y violencia, fuertemente arraigada en el imaginario social y en el ámbito académico luego de la reconstrucción democrática de 1983.